

LA ULTIMA NOCHE DE JOSE ANTONIO

Yo estaba en Alicante. Eran los primeros días del mes de noviembre. Hasta entonces nada había perturbado nuestra personal tranquilidad, y cuando ya casi confiábamos en que contra nosotros no iba la furia roja, José Antonio, Miguel y Margot (la mujer de éste) fueron procesados, pidiéndose para los tres la pena de muerte.

Pasamos días de angustia incomparable. En casi todos ellos teníamos que prestar declaración, hasta que quedó terminado el sumario. Se fijó la fecha para la vista y José Antonio pidió autorización para ser él su propio defensor y el de sus hermanos ante el tribunal. Después de algunas dificultades, la autorización le fué concedida.

Le entregaron el sumario, y en sólo unas horas construyó la más maravillosa defensa que acaso tribunal alguno haya escuchado.

Se formó la Mesa y dió principio la vista.

Hasta entonces todos los juicios se habían celebrado en el Salón de Sesiones del Ayuntamiento, pero el nuestro se decidió que se celebrara en el Salón de Actos de la Cárcel Provincial, para evitar el traslado de los procesados. La vista fué pública. Margot estaba con nosotros en el reformatorio y fué conducida a la Provincial durante los tres días que duró la causa.

No hay nada comparable al sufrimiento de saber que se está decidiendo la suerte de tres personas queridas cuando esto va unido a estar uno a su vez en prisión. Pasan las horas, lentas, sin una noticia, sin una impresión, sin un consuelo... Sólo cuando a la noche llegaba Margot teníamos la información de todo.

El juicio continuaba, y así pasábamos tres días. Por fin llegó el día tercero. Aquella noche no llegaba Margot. Empezaron las primeras horas de la madrugada y seguía sin aparecer. El más leve ruido nos sobresaltaba; la celadora entraba y salía, ocultándonos las impresiones que recogía fuera.

—Están deliberando—nos decía.

Seguían pasando horas y horas, y ya a más de las tres de la mañana llegó Margot.

No nos atrevimos a preguntarle, y ella, sin decir una palabra, entró en la celda, nos abrazó y rompió a llorar. Lo comprendimos todo. Nos dijo como pudo lo que había pasado, después de seis horas de deliberación. Al hacer el escrutinio, las bolas que decidían la suerte de José Antonio estaban sobre la mesa: todas eran negras.

—José Antonio ha estado maravilloso como nunca—nos dijo—; no podéis figuraros la atención y el respeto con que el público le escuchaba; se ha ganado todas las simpatías del pueblo. Cuando vió —seguía contándonos Margot—que sólo sobre él caería la pena de muerte, se volvió a nosotros, y con una alegría infinita reflejada en el rostro nos dijo:

—Vosotros estáis salvados...

Al día siguiente intentamos por todos los me-

dios a nuestro alcance conseguir el indulto. Nos decían que querían salir manifestaciones pidiendo su perdón.

* * *

El director de nuestra cárcel nos dijo que José Antonio había pedido tres cosas en caso que se llevara a cabo la sentencia: un

confesor, que le permitieran despedirse de su familia y un notario. Las tres cosas le fueron concedidas. Le pedí nos al director que sólo en último extremo fuera a sacarnos de nuestra cárcel, lo que con razón considerábamos dolorosísimo. Serían las nueve de la noche del 19 de noviembre, hora avanzadísima en una prisión, cuando sentimos unos ligeros golpes en la puerta de nuestra celda:

—Prepárense ustedes —se nos dijo—para ir a la Provincial.

Comprendimos que la sentencia había sido confirmada.

—Entonces, ¿es que ya no hay esperanzas?—le dijimos.

—Todavía no se sabe... Pero es preferible que se vayan ustedes, ya que la autorización es para hoy.

No nos convenció; pero tratamos de engañarnos unas a otras. Yo, acaso la más cobarde, no pude contener mis lágrimas.

—No llores—me decían—; le harás pasar mucho peor rato a José Antonio.

Y haciéndome la fuerte salimos para la Provincial.

Siempre es una cárcel un sitio impresionante para cualquier persona que no esté acostumbrada a frecuentarla; pero lo que fué para nosotros aquella noche no es fácil de explicar.

Entramos por las puertas medio cerradas y atravesamos las galerías y el patio central. Unas luces tristes alumbraban los sitios por

En la conmemoración de la muerte de José Antonio queremos traer de nuevo a nuestras páginas el relato emocionante que de aquellos postreros momentos hizo su hermana Carmen. ● Es un relato dramático y sencillo, que tiene un eco profundo de heroísmo y virtud: tal fué la presencia grandiosa de José Antonio en aquellos instantes tan trascendentales. ● La presencia de espíritu del Fundador de la Falange cuidó con enorme serenidad de todo, descendiendo a los pormenores más delicados. ● La muerte misma no sirvió a enturbiar a este espléndido corazón que supo guiar una inteligencia muy humana y muy generosa.



donde pasábamos, reflejando sombras extrañas sobre las paredes; íbamos acompañadas por dos hombres.

—Esperen aquí—nos dijeron, y nos metieron en una habitación.

Al cabo de poco tiempo vinieron a buscarnos y nos internaron aún más en la Prisión. Llegamos a una celda en la que

había una cama, y no habían transcurrido dos minutos cuando vimos aparecer al fondo de la galería a José Antonio, que venía en dirección a nosotras con un miliciano rojo a cada lado y varios más detrás.

Es imposible decir con palabras la impresión de esos momentos. No existe ninguna que lo pueda expresar. El hermano a quien adorábamos venía hacia nosotras por última vez, imposibilitado, a pesar de cuanto valía y de su talento, para salvar su propia vida.

Al vernos, sonriente y sin perder ni un momento la serenidad, nos abrazó a las tres. Yo entonces no pude dominarme más, y loca entre el esfuerzo que venía haciendo y la emoción enorme, rompí a llorar. El me besó con toda su alma, mientras me decía:

—No llores, Carmen; todavía hay esperanzas...

—No es posible..., José—le dije yo—; no es posible que puedan hacer eso contigo.

—Es natural: han sido tantos los de la Falange que han caído ya, que yo, que soy el jefe de ellos, es natural que caiga también. Pero aun hay es-

peranzas; tengo tres probabilidades contra siete..., pero puede ser...

Y vuelto al director que nos acompañaba, le preguntó:

—¿Es que me las trae usted porque me han negado el indulto? Esto me hace pensar que es así.